

y hermano del demócrata Godofredo Cavaignac, y que siendo también partidario firme de la república, y al propio tiempo militar perito y hombre enérgico, era la mejor garantía á la vez para el partido republicano y para el monárquico. A la mañana siguiente se presentaron muchos diputados á la junta ejecutiva para obligarla á dimitir, á lo cual se resistió, para no ser despues calificada de cobarde, hasta que la asamblea hubo declarado la ciudad en estado de sitio y entregado el poder supremo al general Cavaignac.

La mañana del día 23 encontró á los insurrectos y á las tropas leales firmes en sus puestos. El palacio del ayuntamiento estuvo por un instante en peligro de caer en manos de los sublevados; pero el general Duvivier, que habia reemplazado en el mando al general Bedeau, herido, no solamente se mantuvo firme en su puesto sino que logró también ponerse en contacto con Lamoricière que paso á paso habia adelantado hasta el Chateau d'Eau. Damesme, en la orilla izquierda del Sena, tomó por asalto el Panteon y la plaza de Maubert, en cuya accion cayó este general mortalmente herido; su victoria cambió la situacion, dando una ventaja decisiva á las fuerzas del gobierno sobre la insurreccion.

El primer uso que hizo Cavaignac de su dictadura fué ordenar, de acuerdo con el presidente de la asamblea, Senard, la clausura de los clubs, la prohibicion de once periódicos, la disolucion de las legiones rebeldes de la guardia nacional y el desarme de los individuos de la misma que no se habian presentado á la lista. La asamblea votó otros tres millones de francos para ser repartidos á las familias menesterosas y publicó un manifiesto en el cual desmintió las acusaciones que los enemigos del orden habian divulgado intencionadamente, de las crueldades cometidas por el gobierno en las personas de los prisioneros y vencidos. No faltaron diputados valientes y patriotas que se encargaron de llevar personalmente las disposiciones conciliadoras de la asamblea á los sublevados, pero encontraron oídos sordos entre los que se habian hecho fuertes en el laberinto de casas y calles estrechas que entonces existia á espaldas del palacio del ayuntamiento. Estos y otros continuaron la lucha con el valor de la desesperacion, porque ya no tenian esperanzas de vencer. Allí recibió una herida mortal el general Duvivier; su sucesor, el general Negrier, murió en la plaza de la Bastilla, donde fué empeñadísima la lucha y donde alcanzó también una bala mortal al mensajero de paz, el arzobispo de París, Affre. En el extremo del arrabal de San Marcelo, donde se habian hecho fuertes los últimos restos de la insurreccion, para pelear no ya por la república y el socialismo sino como fieras, para matar y robar, acabó la lucha con un crimen inicuo cuyas víctimas fueron el general Brea y su ayudante, que cayeron en manos de una turba sedienta de sangre, en la plaza de Italia, al querer convencer á los sublevados amistosamente de la inutilidad de continuar la lucha. Ambos murieron despues de tres horas de tormentos crueles.

El día 26 los rebeldes, rodeados por todas partes, se vieron obligados á rendirse. Jamás ha podido saberse el número de bajas, ni por un lado ni por otro, que causó esta espantosa batalla, ni jamás se ha sabido quiénes la dirigieron por parte de los rebeldes. Las bajas de la guardia móvil se fijaron en 200 muertos y 592 heridos; las de la tropa regular en 800 muertos, entre ellos tres generales, y 1,500 heridos, y las de los insurgentes se estimaron en 3,000. Los prisioneros hechos pasaron de 12,000, de los cuales 6,374 fueron puestos luego en libertad, y como el número de los que quedaron era todavía demasiado crecido para formar las correspondientes causas en regla, dispuso la asamblea que todos los cogidos

con las armas en la mano fuesen deportados á expensas del Estado á una colonia francesa, exceptuando la Argelia. Solo los jefes y principales instigadores fueron llevados ante los consejos de guerra. Muchos de estos últimos fueron, por gracia especial, deportados á Lambesa, en Argelia, y solo quedaron finalmente los que ya habian sufrido anteriormente alguna condena por delitos comunes. Únicamente dos, los asesinos del general Brea, sufrieron la pena de muerte.

El 27 del mismo mes de junio, una vez sofocada la insurreccion, depuso Cavaignac sus poderes en manos de la asamblea nacional, que se los devolvió al instante, nombrándole presidente del consejo de la república con el derecho de elegir sus ministros.

CAPITULO II

LA REVOLUCION EN ALEMANIA

La impresion que produjo en los pueblos de Europa la revolucion francesa que destronó á Luis Felipe, fué muchísimo mas violenta que la de la revolucion que elevó á este príncipe al trono de Francia. La palabra república fué como el rayo que conmovió hasta á aquellos pueblos que gozaban ya constituciones liberales y volvió á recordar su condicion servil histórica á los que aletargados yacian todavía encadenados á las plantas de sus amos y dueños. En Bélgica ahogó el rey la vibracion republicana en su origen declarando voluntariamente que, si la nacion lo pedia, estaba pronto á abdicar, á lo cual le contestó el pueblo conmovido que continuase rigiendo sus destinos como hasta allí. En Suiza, el canton de Neuchatel sacudió la soberanía del rey de Prusia; en el mediodía de España hubo conatos de insurrecciones republicanas y en Madrid hasta llegó á haber una empeñada lucha en las calles; en Lóndres la clase media con su varonil resistencia sofocó una inmensa manifestacion cartista; la Irlanda volvió á levantarse, pero fué vencida y los jefes del movimiento, O'Brien y Meagher, fueron deportados por toda su vida. En Suecia, el rey Oscar juzgó prudente conceder reformas antes que las pidiese el pueblo á la fuerza, pero aun así hubo algunos desórdenes. Hasta en los principados danubianos entraron los pueblos en fermentacion, y en Alemania é Italia la noticia de lo ocurrido en París decidió del porvenir político de los dos pueblos, en busca todavía de libertad y de union nacional.

Los soberanos alemanes no temiendo ningun movimiento liberal de sus súbditos, y no dudando que podrian sofocar fácilmente cualquiera asonada, en último caso con algunas concesiones inocentes que ya tenían mas ó menos pensadas, y cuando no, con el auxilio armado mútuo, no se cuidaron de semejante contingencia y solo pensaban en la posibilidad de verse atacados por la Francia si el gobierno de esta nacion encontraba plausible echar mano de este recurso para despejar la atmósfera en el interior. El rey de Prusia temblaba por sus provincias rhinianas, y trató de inducir á la Inglaterra, la Rusia y el Austria á coaligarse para defender contra toda agresion de parte de los franceses á la Bélgica y á sus propias provincias del Rhin; pero Palmerston se hizo el desentendido y el rey entonces nombró á su hermano, el actual emperador de Alemania, general en jefe de las fuerzas que hizo concentrar á orillas de aquel rio. Al saberlo las poblaciones se espantaron y las autoridades suplicaron encarecidamente al rey que revocara la orden para librar á aquellas provincias del dominio del príncipe, temido por su carácter enérgico y riguroso. El rey por esta vez atendió á las observaciones de sus súbditos para no excitar en aquellos mo-

mentos su descontento y facilitar su inteligencia con la Francia. Al propio tiempo envió en 2 de marzo al general Radowitz á la corte de Viena para asegurarse siquiera el apoyo de esta potencia, y efectivamente, ambas publicaron en 15 de marzo, en un manifiesto comun, su resolucion de rechazar unidas toda violencia de los tratados y todo desorden en el interior de sus Estados, invitando al mismo tiempo á todos los soberanos alemanes á un congreso que se reuniría en Dresde, el 25 de marzo, para acordar lo que conviniera hacer en determinadas circunstancias. Al mismo tiempo Federico Guillermo IV recabó del gobierno imperial que juntos propusieran á la dieta federal alemana una revision notable del pacto federal creando al lado del consejo una asamblea federal compuesta de diputados de los brazos de los diferentes Estados, que se reunirían por lo regular cada año durante tres meses.

Los temores de una guerra extranjera cedieron sin embargo á los de la conservacion de la paz en el interior. En el Sudoeste de Alemania, donde los sentimientos liberales han sido siempre, desde tiempo remoto, mas comprendidos que en todo el resto de la confederacion, fué también donde esta vez se despertó primero el liberalismo, y el pueblo concibió una idea clara de lo que le faltaba y de la manera de conseguirlo. En dos grandes asambleas populares que se reunieron en Manheim y Stuttgart resumieron sus deseos en los cuatro puntos siguientes: Libertad de la prensa, jurado, guardia nacional y parlamento aleman. Los soberanos de Baden y de Wurtemberg prometieron sin dificultad hacer estas concesiones, pero por desgracia movióse también el espíritu de imitacion y pronto se formó un partido poco numeroso, por tratarse en el fondo de una cosa que pocos comprendian, que quiso copiar los sucesos ocurridos en Francia hasta en sus menores detalles sin atender á circunstancias ni condiciones. El jefe de este grupo fué el abogado Struve, de Manheim, y un tal Hecker su apóstol propagandista. Este partido arrancó al gobierno atemorizado y á la cámara de Baden algunas nuevas concesiones. Contra estas exageraciones que todo lo podian comprometer, levantáronse algunos hombres de inteligencia que creian también llegado el momento de arrancar á los soberanos concesiones en consonancia con la cultura moderna, pero dentro de límites prudentes y realizables. En este sentido propuso Gagern ya en 28 de febrero en la segunda cámara de Darmstadt, presentar al gran duque una peticion suplicándole se dignara procurar en cuanto pudiese que la dieta federal, en atencion á las circunstancias amenazadoras y mientras durasen, fijara su atencion en la manera de proveer mas eficazmente á la seguridad exterior é interior de Alemania, confiando la direccion de la política extranjera de la confederacion, la organizacion del ejército y el armamento del pueblo (creacion de la guardia nacional) á un gobierno cuyo ministro fuera responsable al jefe interino de Alemania y á la nacion. Este jefe debía tener el poder ejecutivo y ejercer el legislativo, incluso la fijacion de impuestos, de acuerdo con el consejo de soberanos y un consejo popular imitando en lo posible las formas representativas, y finalmente que la representacion popular fuese convocada siempre que se nombrara un nuevo jefe del imperio germánico. Hay que añadir que detrás de este sistema, que debía patrocinar la dieta, petrificada é impotente, figuraba en la mente del autor la Prusia y su rey como jefe del poder ejecutivo federal. Otros proyectos irrealizables por el estilo salieron á la superficie, preconizados naturalmente por doctos con título universitario, sin que influyeran en nada en la marcha de los acontecimientos.

El rey de Prusia seguia en su resistencia á toda concesion

á pesar de las instancias de su ministro, y hasta á pesar de los consejos del heredero presunto de la corona, su hermano Guillermo; lo único que este obtuvo fué que el rey condescendiera en hacer periódicas las reuniones de los Estados provinciales como corporacion consultiva, y en excitar á la dieta federal á que despachara el asunto relativo á la libertad de cada Estado confederado para suprimir ó establecer la censura previa en sus dominios.

El consejo ó dieta federal dió, con general asombro, una señal evidente de vida, si bien arrancada por el miedo, manifestando en 1.º de marzo no al oído sino solemne y públicamente «que era preciso elevar á la Alemania al puesto que le correspondia entre las naciones europeas, y que á este fin solo se podia llegar por el camino de la concordia, del progreso legal y del desarrollo regular.» Dos días despues dejó á la voluntad de cada Estado de la confederacion el suprimir ó conservar la censura, y el 8 de mayo, habiéndose ya ausentado algunos de los representantes mas reaccionarios, reconoció la necesidad de una revision del pacto federal y hasta llegó á nombrar una comision para que diese su dictamen sin dilacion sobre este punto. El día 9 determinó que el águila imperial constituiria el escudo, y los colores de las asociaciones escolares, negro, encarnado y amarillo, serian los de la confederacion alemana, y el día 10 invitó á todos los gobiernos alemanes á delegar por cada uno de los 17 votos que el pacto reconocia á la dieta, una persona de su confianza para asesorar á la dieta en la revision del pacto federal. Estas concesiones de la dieta de Francfort, lo mismo que las concesiones del rey de Prusia y de algunos otros soberanos alemanes, no podian ya satisfacer á los hombres liberales de accion, ni la frase del rey Luis de Baviera, que en momentos de apuro «se gloriaba de ser aleman,» ni otras frases lisonjeras de los demás soberanos, llegaron ya á entusiasmar á los verdaderos patriotas. El rey Luis abdicó á favor de su hijo Maximiliano II por no firmar la orden de prision contra su amada Lola Montes para el caso de que volviera á pisar el territorio bávaro. Allí donde los gobiernos, como en Wurtemberg, Sajonia, Darmstadt y Baden, concedieron mas libertad á la prensa, el derecho de reunion, y algunos hasta guardia cívica, lo hicieron bajo la impresion del pánico del momento, y los liberales exaltados se sirvieron de estas concesiones como niños traviosos, excitando en algunas ocasiones excesos brutales del populacho, ignorante y rudo. Los unos pedian libertad á su manera, otros unidad nacional, y entre todos armaron una confusion que hizo presagiar al mas míope de los diplomáticos alemanes un fin próximo y ridículo de aquel entusiasmo infantil.

No llegó á reunirse el congreso de soberanos alemanes, pero los gobiernos de Nassau y Darmstadt, convencidos de la ineptitud del de Austria para la jefatura de Alemania, enviaron agentes diplomáticos á todas las cortes germánicas para disponerlas á poner este alto cargo en manos del soberano de Prusia por ser el que ofrecia mas garantías, antes de que se improvisase y organizase un parlamento aleman. El rey de Wurtemberg accedió desde luego á estos deseos, pero con la condicion de que el rey de Prusia concediese previamente á sus súbditos los mismos derechos constitucionales que gozaban los súbditos de los Estados del Sudoeste de Alemania. El gobierno bávaro no se decidió hasta el 15 de marzo, á causa de una crisis ministerial; el rey de Sajonia se adhirió también á la idea, mas antes de llegar los citados diplomáticos á Berlin habian ocurrido allí sucesos que cambiaron completamente el estado de las cosas.

Al saberse en la capital de Prusia la agitacion producida en el Mediodía de Alemania por la revolucion francesa y la proclamacion de la república, se conmovió también aquella

poblacion y vió que durante su letargo político los alemanes de otros Estados habian adelantado, porque cuando menos habian logrado que sus soberanos se rodearan de ministros algo mas ilustrados y mas liberales que los antiguos. Desde el 7 de marzo empezaron á celebrarse reuniones populares vespertinas en que se fijaron y formularon las mejoras gubernativas que el pueblo deseaba ver adoptadas, y se presentaron al rey. Jamás se habia visto semejante cosa en Prusia, y ni el rey ni nadie en palacio comprendia que á un rey se le pudiese prescribir lo que debiera hacer. A pesar de esto, el monarca hizo saber á sus súbditos en 14 de marzo que se habia dirigido al gobierno de Viena para *preparar mancomunadamente resoluciones saludables para la confederacion*; al mismo tiempo exhortaba á todos á aguardar el resultado de estas conferencias y no aumentar en aquellos momentos el peligro con desórdenes interiores; y no sintiéndose fuerte sino cuando existia la inteligencia mas cordial entre él y los Estados generales, anunciaba su convocacion para el 27 de abril en la capital.

Mientras Federico Guillermo IV confiaba en los sabios consejos del gobierno de Viena, sucedia á este lo que escribió el mismo canceller Metternich en 7 de marzo, diciendo: «Hoy pasa á los gobiernos lo que á las casas carcomidas, que llega un instante en que se desploman súbitamente.» Tan lejos estuvo el canceller de creer que esto mismo le sucederia á él y á todo el gobierno austriaco, que pocos dias antes habia proyectado un centro de accion formado por las tres potencias, Austria, Prusia y Rusia, en Viena, contra «la farsa del liberalismo.»

A la primera noticia de la revolucion francesa desapareció como por magia todo el metálico de la plaza de Viena; todo el mundo corrió á sacar su dinero de los bancos y cajas de ahorros, porque nadie dudaba de la inmediata bancarota del gobierno. Este pánico aceleró la catástrofe política, que se inició en Hungría con un discurso del célebre agitador Kossuth, pronunciado en la sesion del 3 de marzo en el parlamento húngaro, con ocasion de la proposicion de un diputado, encaminada á que el parlamento pidiera al gobierno noticias exactas sobre el estado del Banco nacional, á fin de calmar el pánico y contener la crisis monetaria. Levantóse entonces Kossuth, y con su elocuencia fogosa é irresistible hizo responsable de aquella desgracia y de las que vendrian despues al régimen gubernativo, que cual vetusto osario lleno de podredumbre esparcia por todo el país una atmósfera mefítica y letal. La asamblea, sojuzgada por el poderoso tribuno, votó por unanimidad una exposicion al emperador pidiendo para Hungría un ministerio responsable, y para mayor garantía de los derechos políticos del reino, una constitucion para todos los demás territorios del Austria. Este discurso inaugural de la revolucion austriaca resonó y encontró eco en todo el imperio. En Praga el partido nacional checo formuló sus pretensiones en una peticion al emperador el día 11 de marzo, y en Viena no dió señales de vida la fiscalía de imprenta ni se mostró la policia en los puestos públicos para no ser víctima del odio que el pueblo tenia al gobierno. Este último habia perdido la brújula y en el consejo de la corona habia divergencia de pareceres. La archiduquesa Sofía y su partido, adicto á los jesuitas, antes obstinadamente ultra-reaccionario, estaban aterrados ante la caida de la familia de Orleans é insistian en hacer inmediatamente concesiones al pueblo, en la separacion de Metternich y, si no hubiese otro remedio, hasta en el otorgamiento de una constitucion. Apoyaron estas proposiciones los archiduques Juan y Estéban y los ministros Kolowrat y Kubeck, pero no el bando opuesto de la camarilla, pues que el emperador, como dijimos en su lugar, solo lo era de nombre y no

intervenia en el gobierno sino para firmar los documentos que le presentaban. El archiduque Luis y Metternich, de acuerdo á la sazón por vez primera, se opusieron á toda concesion que pudiera parecer arrancada á la fuerza; y no habiendo voluntad suprema que decidiese, no se hizo nada.

A falta de un órgano legal que comunicara oficialmente al soberano los deseos del pueblo, se encargaron entonces de esta mision varias corporaciones, el gremio de los libreros fué la primera; luego siguieron la sociedad industrial de la Baja-Austria y la sociedad de lectura jurídico-política. Esta última, cuyos miembros pertenecian á las clases mas ilustradas de Viena, redactó una peticion á los Estados de la Baja Austria, convocados para el 13 de marzo, solicitando la publicacion de los presupuestos y de las cuentas de los fondos públicos, reunion periódica de los Estados, una ley de imprenta, y la publicidad de los actos de los tribunales y de la administracion civil. Hasta los estudiantes, muy inferiores á sus colegas en Alemania, pero tocante á alardes de valientes, románticos y liberales iguales á ellos, adversarios siempre del gobierno que los trataba como escolares, convinieron en redactar una exposicion, y trabajo costó á sus profesores disuadirlos de su intento principal de presentarla al emperador ellos mismos en procesion solemne. En fin, decidióse el consejo de Estado á redactar en nombre del emperador un manifiesto, en la noche del 12, anunciando que se convocaria de todas las provincias del imperio una comision formada de un individuo de cada Estado y provincia, que se pondria en relacion con otra comision del gobierno para proponer las medidas que conviniera adoptar en aquellas circunstancias. La publicidad que se dió á este manifiesto fué muy escasa, pero aunque hubiese sido mayor, no habria causado efecto. La reunion de los inofensivos Estados de la Baja-Austria se verificó el 13 de marzo, y cosa enteramente nueva para ellos, fueron saludados ruidosamente. Despues, al inaugurar sus tareas, en el patio del edificio oradores populares pronunciaron discursos dirigidos á la multitud y leyeron el pronunciado por Kossuth. Los mismos miembros reunidos tuvieron que admitir á sus sesiones á doce personas del público. Cuando este supo que los reunidos habian acordado suplicar al emperador que concediera la publicacion de los presupuestos y convocara una asamblea, no de individuos sueltos de cada Estado y cada provincia sino de comisiones de las asambleas provinciales, se alborotó el pueblo, pareciéndole insuficiente lo acordado, se apoderó enfurecido del edificio y excitado por algunos demagogos lo demolió, obligando á los representantes espantados á pasar á palacio y presentar al emperador los deseos del pueblo. Mientras duraba la audiencia para acabar finalmente por no resolverse nada, porque todo eran evasivas, un destacamento de tropa hizo fuego sobre las turbas, que no cesaban de insultarle. La noticia de haber tirado la tropa contra gente indefensa, se extendió por la capital con la velocidad del rayo, sembrando la indignacion en la clase media y dando ocasion á los estudiantes para pedir á su rector el permiso de armarse á fin de mantener el orden.

Con grandísimo pesar y despues de una resistencia desesperada se resignó Metternich á ceder á las instancias de sus adversarios en el consejo de Estado, haciendo dimision de su cargo. El viajero investigador del Asia, Hügel, condujo al ex-canciller á un lugar seguro para librarle del furor de las turbas, y despues le acompañó con su esposa á Inglaterra. Así salió de la escena del mundo este hombre que durante mas de treinta años habia sido el estadista mas influyente en toda la Europa; con él desapareció tambien el Austria vieja, tan radicalmente que ninguna reaccion posterior, por ciega y rabiosa que haya sido, se ha atrevido á restablecerla.

Metternich solo era astuto, pero no tenia talento ni número; ninguna creacion, ningun trabajo glorioso perpetúa su nombre. El resultado de su larga carrera de hombre de Estado influyente desde 1815 hasta 1848, es nulo.

Por un momento pensó la corte en entregar todo el gobierno al príncipe de Windischgraetz como ministro principal, ó especie de dictador, pero desunidos como estaban el gobierno y la camarilla, dejaron ir las cosas, concediendo al pueblo una tras otra sin contentarlo nunca. De esta manera se permitió el armamento de la juventud escolar, se creó la guardia nacional, se declaró la prensa libre y se llamaron delegados de las provincias alemanas, eslavas é italianas á la corte para oírlos, y como todo esto no fué bastante para contentar á la poblacion, el gobierno tuvo que publicar el 15 de julio un manifiesto en el cual anunció que cuanto antes convocaria delegados para la *constitucion de la patria*. La alegría y el júbilo del pueblo vienés fueron tan grandes por haber ganado tamaña victoria sin ninguna lucha que no se fijó en lo enigmática y sujeta á mas de un equívoco que era la expresion singular de «constitucion de la patria.»

Estas noticias de Viena y la llegada de las diputaciones de los Estados provinciales, que de los grandes centros de sus respectivas provincias llevaban el encargo de manifestar al gobierno los deseos de los habitantes, excitaron los ánimos y aumentaron la agitacion en Prusia, donde ni siquiera en la capital pensaba nadie en conspirar; llegó sin embargo la poblacion de Berlin á alborotarse con tantas novedades, y no faltaron hombres vanidosos y deseosos de hacer algun papel que excitaron á las masas del pueblo, en política completamente menor de edad y en general pobre, y las extraviaron. Por la noche del día 15 de marzo la tropa de los retenes usuales tuvo que rechazar á tiros á las turbas excitadas é insolentes; á la noche siguiente, repitiéndose los alborotos, el comandante de plaza Pfnel accedió á los deseos de muchas personas pacíficas dejando que ellas y los estudiantes apaciguaran á la multitud y disolvieran los grupos de los alborotadores; pero el movimiento cundió á la poblacion moderada y formal, que electrizándose gradualmente concibió la idea de organizar una manifestacion imponente, yendo en procesion á la plaza de palacio para desde allí hacer saber al rey la voluntad del pueblo y conseguir así alguna concesion por medios pacíficos. Esta agitacion, tan nueva por tener ya un objeto formal y hasta político, causó grandísima sorpresa al rey, pero no sospechando el vuelo que podia tomar y no pensando que nadie pudiese atreverse á exigirle concesiones, siguió en su idea favorita de reunir un congreso de soberanos alemanes para sofocar de comun acuerdo todo alboroto y desórden. A pesar de que el nuevo ministerio liberal bávaro habia rechazado esta idea solo cuatro dias antes con la observacion de «que semejante imitacion de los congresos de Aquisgran, Carlsbad, Verona y Viena seria peor, en el momento de brotar el sentimiento nacional alemán, que el congreso federal, enemigo de la publicidad y de la luz,» volvió Federico Guillermo IV á renovar su invitacion, el 16 de marzo, á los soberanos del Mediodía de Alemania, añadiendo que en el congreso se trataria tambien la cuestion importante relativa á la representacion de la nacion cerca de la dieta por un *llamado parlamento*. Con esta idea, unida en su mente con el consejo del conde de Arnim, que habia sido embajador suyo en París, de proceder en el sentido que exigia el porvenir de la Prusia en Alemania, contestó el rey el día 18 á una numerosa diputacion de Colonia que estaba dispuesto á aceptar la presidencia del congreso de soberanos alemanes y que procuraria que se llamasen á la dieta de Francfort delegados del pueblo alemán. Aquel mismo día y pocas horas despues de la mencionada audien-

cia, publicó el gobierno una proclama del rey que convocaba una asamblea general de las dietas provinciales que debia abrirse en la capital el día 2 de abril, y dejaba entrever la regeneracion de la Alemania trasformándola de federacion de muchos Estados independientes en un Estado federal con representacion popular. Para mayor garantía llevaba esta proclama, además de la firma del rey, la de su hermano y heredero presunto Guillermo.

Grande fué la satisfaccion que causó en el público la magnanimidad del rey, y la manifestacion proyectada se efectuó, pero no en són de peticion ó exigencia sino para dar las gracias al soberano, el cual cuando salió al balcon fué saludado con júbilo por los millares de personas que llenaban la plaza tan apiñadamente que el menor accidente debia producir desgracias incalculables, como sucedió en efecto. El pueblo, aprovechando la ocasion, que por su misma multitud le prometia impunidad, apostrofó á la tropa que guardaba el acceso al palacio; nuevas masas empujaban por detrás y un escuadrón de caballería que se acercó aumentó la aglomeracion y el creciente malestar de la muchedumbre. De repente sonaron dos tiros, que no causaron mal á nadie porque segun resultó despues en la investigacion que se hizo, se dispararon casualmente y al aire dos fusiles, uno de un sargento á consecuencia de un golpe que un hombre dió al fusil con su baston y tocó por casualidad el gatillo, y el otro de un granadero que tocó inadvertidamente en el sable con el gatillo montado. «¡Hacen fuego contra el pueblo!» gritó la multitud, y todos buscaron por donde huir. Ya tenian lo que muchos deseaban, una escena de París y la ocasion de imitar una revolucion francesa. En efecto, el contagio fué general é instantáneo; sin plan ni direccion se levantaron en un abrir y cerrar de ojos barricadas en todas las calles, que se desempedrarón; se desmontaron tejados y se saquearon las tiendas de los armeros. El rey quedó anonadado al ver aquel cambio súbito, pero sus esfuerzos porque cesara la mala inteligencia fueron inútiles; las numerosas comisiones que se le presentaron le aconsejaron como único medio de calmar los ánimos y evitar males mayores, que mandara retirar las tropas en prueba de la sinceridad de sus intenciones pacíficas, y el mismo comandante de plaza, Pfnel, fué de opinion de no emprender nada hasta el día siguiente porque la noche calmaria la poblacion; pero no estaba el rey para esto: el honor militar, la irritacion de la tropa y de la oficialidad y la duda de lo que podria hacer el pueblo, le decidieron á emplear la fuerza para restablecer el orden. Nombró en lugar de Pfnel al general Prittwitz, y habiendo acometido algunos del pueblo á centinelas, empezó el ataque general á las cinco de la tarde y duró toda la noche, hasta las cinco de la mañana, sin motivo racional, pues que el pueblo habia acudido contento á dar las gracias al rey por su proclama y no habia temor de que el rey la retirara. La tropa, 14,000 hombres con 36 piezas de artillería, tomó una barricada tras otra, que en su mayor parte fueron defendidas con teson por el pueblo.

El rey estaba desconsolado por el sesgo que habia tomado el suceso y no pudieron calmar su afliccion los partes de los progresos de la tropa; llamó á palacio al alcalde, á los regidores y á otras personas principales de la poblacion para convencerlas de sus intenciones pacíficas y encargarles las comunicasen á sus conciudadanos y les dijese que el rey creia firmemente que habian sido víctimas de las sugerencias de una banda de revolucionarios extranjeros; pero no prestó oídos cuando le dijeron que no solamente el pueblo bajo sino todas las clases estaban firmemente persuadidas de que el partido militar queria ahogar en un mar de sangre las esperanzas y los deseos de una constitucion, y que el único modo de restablecer la confianza y la paz era la retirada de